

# **LA REINA DOÑA BERENGUELA Y LA DEVOCIÓN AL CAMINO DE SANTIAGO: BREVE RELATO HISTORIOGRÁFICO**

Manuel Recuero Astray  
Catedrático de Historia Medieval  
Universidade da Coruña

En una de las capillas de la vieja Catedral de Santiago yace, sobre un sepulcro, una hermosa estatua de mujer de elegante tocado y bello rostro. Es la tumba de una reina, doña Berenguela, la primera mujer de Alfonso VII, que murió al mediar el siglo XII y fue transportada hasta allí desde León, en cumplimiento de sus propios deseos. La imagen en la que se le recuerda, es joven y bonita: «estás hecha una Berenguela», se dice todavía a las mozas, cuando se les quiere ponderar su aderezo.

Para muchos la efigie tiene, además, un halo espiritual, como si se hubiese querido representar a una mujer de singular virtud, además de belleza.

Sin embargo, para la mayoría aquella representación femenina apenas dice algo más que su apariencia, sin saber, a ciencia cierta, quien fue la mujer tan bella y afortunada, que vino a descansar junto a la tumba del Apóstol. Muy pocos conocen algo de su vida, fuera de lo que reza un escudo y rústico epitafio escrito sobre su tumba:

**«AQUÍ YACE LA EMPERATRIZ DOÑA BERENGUELA, HIJA  
DE DON RAMÓN BERENGUER Y DE DOÑA LUCÍA DE BARCELONA, 1ª MUJER DE DON ALONSO RAMÓN. FALLECIÓ**

ERA DE 1187, A PRIMEROS DE FEBRERO. SEPULTOSE EN ESTA CAPILLA POR HABERLO PEDIDO A LA HORA DE SU MUERTE, POR DEVOCIÓN PARTICULAR QUE TUVO TODA SU VIDA AL SANTO APOSTOL SANTIAGO».

Poco y confuso, cuando no erróneo, es lo que nos transmite esta inscripción mortuoria, tratándose además de una vida que, a fuer de sencilla, no tuvo nada de anodina.

Tiene razón el epitafio cuando nos dice que doña Berenguela fue hija de Ramón Berenguer III, conde de Barcelona; pero no es cierto, en cambio, que lo fuese de ninguna Lucía, sino más bien de una Dulce de nombre, y al parecer de carácter, que procedía de Provenza. En cuanto a que fue la primera mujer de Alfonso Ramón, o lo que es lo mismo del rey Alfonso VII de Castilla y León, es totalmente cierto; sin que, por eso, nuestra curiosidad quede suficientemente saciada, ante una vida cuya última imagen incita tanto a la imaginación.

De Cataluña se hablaba ya por todo el mundo a principios de S.XII: un diácono llamado Lorezo Vernés fue el primero en utilizar ese nombre, y lo hizo al escribir sus poemas; con los que, por otra parte, intentaba ensalzar las gestas de los habitantes de aquella región en el Mediterráneo. Además, como a todo gran señor, no le faltaban al conde de Barcelona amigos y vasallos, especialmente entre los titulares de otros condados pirenaicos. Su fama y su prestigio se esparcieron con facilidad por toda la Península, sobre todo por aquellas tierras leonesas y castellanas que bordeaban el camino de Santiago. Ramón Berenguer III fue conocido además como el «Grande», pues su espíritu amable y generoso, muy amigo de la paz, no le impidió contribuir, con sus éxitos políticos y militares, a poner los fundamentos de la unidad catalana.

Gracias a esto, y a personas bien informadas, no le faltaron noticias al rey Alfonso VII de León sobre la prosperidad de Cataluña y, en especial, sobre la corte de Barcelona. Su interés político acabaría siendo afectivo, cuando uno de los principales condes pirenaicos, Armengol de Urgel, le ponderó las virtudes y la belleza de una de las hijas del Conde Ramón Berenguer.

Armengol conocía bien a la familia del conde de Barcelona, aunque su padre se había casado con una castellana, hija a su vez del conde Ansúrez,

el fundador de Valladolid, y él mismo fue criado en Castilla por su abuelo y se convirtió en un buen vasallo del rey de León, no abandonó nunca su estrecha relación con Cataluña, como cuando ayudó a la conquista de Balaguer.

Más de una vez, a la vuelta de uno de sus viajes a Urgel, Armengol comentaría los últimos acontecimientos ocurridos en Barcelona y, como no, la belleza de la hija del conde de aquella ciudad, doña Berenguela. A lo mejor, incluso, lo hizo por encargo: el rey de León tenía poco más de veinte años y no estaba casado, ni siquiera había ninguna candidatura seria para un matrimonio, que tarde o temprano tendría que celebrarse.

En realidad, no se sabe mucho de como se llegaron a concertar las bodas entre Alfonso VII y doña Berenguela. Pero fue uno de los primeros asuntos que se abordaron al comenzar el reinado; eso sí, con la frialdad diplomática característica de la época y del caso. Es seguro que Alfonso, hijo de un borgoñón, tenía algunas ideas propias sobre el amor; pero en este caso buscaba una reina, con prendas de reina, y si era posible guapa, como se repetía que lo era doña Berenguela.

Al fin y al cabo, no había demasiado donde buscar: el otro gran rey de la Península, el de Aragón, no había tenido hijos y su único y fracasado matrimonio había sido precisamente con la madre del rey de Castilla, o sea que era medio padrastro de Alfonso; tampoco se podía esperar mucho de Portugal, donde, en este caso, un primo del monarca leonés, lo único que quería era asegurar la independencia de sus estados, permaneciendo lo más lejos posible de cualquier otra realeza.

Así las cosas, no sólo triunfó la candidatura de doña Berenguela, sino que se decidió celebrar cuanto antes las bodas. Serían en el viejo monasterio de Saldaña, y la novia debía apresurarse a venir hasta León, desde donde se terminaría de aderezar todo lo necesario.

Las aventuras de doña Berenguela, si así se les pueden llamar, comenzaron con aquel viaje que no dejaba de ser complicado: desde Barcelona a la corte de su futuro marido, la hija del conde Ramón Berenguer III tenía que atravesar los estados del rey de Aragón, quien estaba en disputa con el de Castilla por cuestiones territoriales y fronterizas. El paso estaba libre, desde luego, a través de los grandes caminos que llevaban a los peregrinos precisamente hasta Santiago; pero ni estos eran excesivamente seguros para una comitiva como la suya, ni tampoco se podía contar con la simpatía o la

protección especial del monarca aragonés, quien, como decimos, era poco amigo de aquella alianza entre castellanos y catalanes, a través de un matrimonio que le dejaba en medio, sino a merced, de sus poderosos vecinos.

Sea como fuere, el caso es que la comitiva de doña Berenguela decidió dirigirse a su destino por mar, en la medida en que fuese posible. Es decir, atravesando las tierras del Sur de Francia, hasta llegar al Golfo de Vizcaya y buscar desde allí, en una de aquellas barcazas anchas y lentas, que tenían velas y remos, como las antiguas vikingas, algún puerto seguro en las costas cántabras o asturianas. No sabemos si en el propio Santander, o en Castro Urdiales, o en San Vicente de la Barquera o en Laredo, pero la futura reina consiguió su propósito de desembarcar, más allá de los dominios del rey de Aragón.

Más de una vez, en aquella barcaza que apenas tenía cubierta, con un frío casi otoñal y un mar difícil y bravío, la futura reina tuvo que pensar en lo que dejaba, aquel mundo feudal y de trovadores, para dirigirse a otro desconocido y probablemente más primitivo, cual era el occidente de la Península, tan alejado de los centros culturales de Europa. Sin embargo, también entonces hubo de pensar en aquel santuario, situado en los confines de las tierras conocidas, pero tan venerado y visitado por toda la Cristiandad, y que ahora ella tendría con toda seguridad oportunidad de frecuentar. El nombre del Apóstol saldría muchas veces de su boca después de desembarcar, para preguntar a sus nuevos escoltas y acompañantes por los pormenores de aquella mítica ciudad compostelana, de la que cada vez estaba más cerca.

También es posible que lo invocara con frecuencia, en aquellos momentos tan especiales para una mujer, en los que el miedo y la esperanza se entremezclan, no siempre de forma sosegada. El caso es que los guerreros castellanos y leoneses lo tenían por patrono y aliado en sus luchas, y aquella joven catalana, se acogió también a su protección para llegar a ser digna reina suya.